

Reproducción cultural y generación de relaciones comunitarias alrededor de la niñez

Yolanda Corona Caraveo

El sentido de este texto es reportar algunos hallazgos de la investigación realizada en el pueblo de Tepoztlán, Morelos, específicamente acerca de la manera en que se da la reproducción cultural de las formas organizativas y los vínculos comunitarios asociados a las fiestas y los rituales. En otros trabajos he propuesto la hipótesis de que la fuerza política que ha demostrado el pueblo está asentada en la capacidad organizativa que se despliega durante la exuberante vida ceremonial que existe en este poblado. Específicamente en las comunidades de tradición nahua como Tepoztlán es muy común observar la presencia de los niños en la mayor parte de las actividades del lugar, su participación activa en las prácticas culturales y una integración muy clara en la vida ceremonial y festiva del pueblo. En virtud de que la niñez es una etapa de la vida en la que se está realizando con mayor intensidad la transmisión de los contenidos de la cultura, este sector de la sociedad puede ser privilegiado para el entendimiento de los mecanismos de reproducción cultural. En el trabajo de campo realizado en Tepoztlán se advierte, además, que las niñas y niños tienen un gran acervo de información, mucho más tiempo disponible para el diálogo, así como menos restricciones en términos de lo que es “adecuado” o “no adecuado” comunicar, ya que una vez que se ha establecido una relación con ellos, expresan abierta y llanamente su visión acerca de la vida cultural. Un aspecto central en la investigación que he llevado a cabo es la observación y descripción etnográfica de diversos aspectos de la vida comunitaria y el papel que los niños juegan en ella, especialmente dentro del ciclo ritual de fiestas y la vida ceremonial. Para detectar las diferencias existentes entre las distintas celebraciones se han registrado las fiestas de los barrios, las de la parroquia principal, las fiestas en las que participan principalmente niños y niñas, así como fiestas relativas al ciclo de vida (bodas, bautizos, celebración de los 3 años).

Aspectos teórico-metodológicos

CUANDO SE ABORDA EL ESTUDIO de la vida ceremonial es indispensable mencionar algunos aspectos de la discusión que se ha dado en el estudio de la religión. Aun cuando existe una aceptación de la importancia que ésta tiene en los procesos de identidad y de la reproducción de la cultura, hay diferencias en la forma de considerarla. Broda por ejemplo, plantea

que la religión es un concepto amplio que incluye, además de las creencias, de la visión sobre el cosmos y del medio ambiente, el aspecto relacionado con la organización ceremonial y por tanto con la actuación ritual, la vida social y la vida material.

Barabás y Bartolomé ponen un especial énfasis en los procesos simbólicos pero coinciden con Broda en el entendimiento de la religión como un amplio campo en el que se entretajan diversos aspectos. Para ellos, “la religión es un ámbito exponencial de la cultura, privilegiado sobre otro porque allí se construyen categorías de entendimiento, plasmadas en formas singulares de organización de la realidad cósmica y social.” Los autores plantean que los estudios antropológicos por lo general separan el estudio de las religiones indígenas del “catolicismo popular” como si fueran dos configuraciones separadas. Su postura es que no es adecuado separar los complejos míticos y rituales en las religiones étnicas unos referidos a las potencias o fuerzas de la naturaleza y otros a los ejemplares católicos de la iglesia (1999:16).

Los estudios llevados a cabo en las últimas décadas en diversas regiones del país (Good, 1988, 2001; Broda, 2001; Barrientos, 2001) han mostrado que en las ceremonias religiosas de los pueblos se puede observar todavía una serie de aspectos vinculados con la tradición religiosa mesoamericana cuyos referentes simbólicos no se restringen únicamente a la localidad sino que son compartidos con muchos pueblos de la zona centro y sur del país e incluso con pueblos de la parte norte.

Dentro del estudio específico de las fiestas y rituales, es importante considerar estas celebraciones como espacios en los que se dan múltiples actividades cada una de las cuales genera a su vez nuevas relaciones, tanto sociales como simbólicas. En este sentido es interesante indagar la manera en que los espacios ritualizados (que a pesar de su definición como “actos convencionales o estereotipados que se ejecutan con una regularidad definida”) contienen en sí mismos un margen de libertad para la creación espontánea de asociaciones simbólicas, de vínculos sociales y de reciprocidad diversos a los que en apariencia estaban totalmente predeterminados. Esto se inserta en lo que Good (1994) ha planteado como el manejo de un concepto de cultura “procesual, generativo y creativo” dentro del enfoque de los estudios antropológicos.

Al entrar a la temática de la participación de los niños en las fiestas y la vida ritual es importante inscribir su estudio dentro del contexto más amplio del calendario ceremonial del pueblo para poder comprender el significado de la misma de acuerdo a la lógica cultural local y de esta

manera poderla comparar en estudios posteriores con las de otras zonas cercanas para obtener una perspectiva regional. En este ámbito se sigue el enfoque propuesto por Broda (2001) y Good (1996) en el que se considera al ritual, las leyendas y la cosmovisión misma como productos de procesos históricos complejos y de larga duración que requieren analizarse dentro del contexto de la organización social de manera que pueda vincularse el estudio de la visión del mundo con los aspectos económicos y de organización social.

Caracterización general de la vida ceremonial de Tepoztlán

La actividad ritual en el pueblo de Tepoztlán, Morelos es de una exhuberancia notable. Lewis (1951) reporta un ciclo de 49 fiestas, mientras que Eugenia Echeverría (1994) apunta 56. En ellas los autores incluyen tanto las fiestas del pueblo, como las de los barrios, de las colonias y pueblos circunvecinos que pertenecen al municipio. Existen paralelamente una serie de celebraciones que también son importantes para la reproducción de la cultura y para reforzar la identidad. Son aquellas que se relacionan con los “ciclos de vida” tales como bautizos, fiestas de los tres años, de quince años, matrimonios, entierros, etcétera, así como las ceremonias relacionadas con la agricultura, el paisaje y la cura de enfermedades.

En las fiestas y celebraciones del pueblo, los barrios y las colonias se encuentra siempre la presencia infantil y en muchas de ellas los niños y niñas tienen una función particular o participan en escenarios diseñados especialmente para ellos. Las ceremonias en las que se ha detectado un rol específico asignado a los niños son las siguientes:

- **DICIEMBRE**
 - Virgen de Guadalupe, canto de las pastoras (Barrio La Santísima)
 - Posadas (todos los barrios)
 - Nacimiento y arrullo del Niño (fiesta doméstica, de barrios y de la parroquia)
- **ENERO**
 - Los Santos Reyes, canto y procesión de pastores (Barrio Los Reyes)
 - Los tiznados (Barrio San Sebastián)

- FEBRERO
La Candelaria (fiesta doméstica, de barrios y de la parroquia)
- ABRIL
Dancitas (Barrio San Pedro)
- MAYO
Danzas niños arrieros (Barrio Santa Cruz)
- AGOSTO
Pastoras en la fiesta de La Asunción (Barrio San Sebastián)
- SEPTIEMBRE
(fiesta patronal del Pueblo)
Niños guerreros y doncellas en la fiesta del Tepozteco
Los niños y el portal de las semillas
Las niñas y mujeres en la fiesta de la Virgen de la Natividad
- OCTUBRE
Virgen del Rosario (Barrio Santa Cruz)
Carreras de niños y pastoras
- NOVIEMBRE
Día de muertos, los niños y las calaveras (pueblo)
Los muertos chiquitos (pueblo)

Por razones de espacio se describe únicamente la veneración a los niños dioses, presentando un espacio ceremonial ampliado que va desde inicios de diciembre hasta el 2 de febrero, fiesta de la Candelaria. El énfasis de este ciclo reside en el niño como símbolo de culto y permite ilustrar las relaciones entre las actividades rituales de las familias, de los barrios y la parroquia principal, mostrando también la importancia de estas actividades en la continua generación de relaciones entre los pobladores.

El ciclo de veneración asociado a los niños dioses

Las posadas: preparando al niño para su nacimiento

En diciembre se inician los preparativos para celebrar a los niños. Jovencitas de todo el pueblo van tocando puerta en puerta para saber

qué es lo que cada familia está dispuesta a regalar a los niños del barrio para las posadas organizando las ofrendas en los 8 días de posadas dedicadas a las niñas y niños. La cooperación puede ser muy diversa, pero en general se trata de piñatas, dulces, fruta, pan o juguetes.

Del 16 al 23 de diciembre, antes del atardecer los niños del pueblo empiezan a desfilan a sus diferentes capillas para romper las piñatas. Los mayordomos han puesto música que resuena por todas las calles, a veces es navideña pero por lo general responde al gusto de los mayordomos. La gente llega con cajas enteras llenas de naranjas, bolsas enormes con bombones, paletas, chicharrones y dulces de todo tipo, repartiéndolas a todas las niñas y niños y a los pocos adultos que los acompañan ya que en su mayoría vienen solos. Al anoecer van llegando algunos padres que vienen de sus trabajos. Se empiezan a colgar las piñatas —dos o más— y los niños se arremolinan debajo de ellas cuidando que no se les caiga la bolsa en la que pusieron todo lo que les han ofrecido. Todavía se pone el paliacate en los ojos para que no vean dónde está la piñata, mostrándoles su ubicación con el palo. Los que cuidan la piñata la suben cada vez que el niño o la niña tratan de romperla alargando la emoción de los dulces para que les toque pasar a tratar de quebrarla a varios niños. Es difícil romper algunas de las piñatas, pues están hechas de cartón, así que al final dejan que las golpeen directamente para que a fuerza de golpes se vaya partiendo. La lluvia de dulces apenas se ve porque de inmediato todos los niños se arrojan sobre el piso donde van cayendo e incluso los van atrapando en el aire. Una vez que se terminan las piñatas, las familias se quedan varias horas mientras los niños comen las golosinas, juegan y platican.

Cargando a los peregrinos

En diferentes barrios los niños han estado “cargando a los peregrinos” en literas, para representar la penosa búsqueda que hace María y José para encontrar un lugar donde nazca su hijo. Esto está permitido sólo a los varones, no a las niñas “porque ellos son los pastorcitos”. En las diferentes iglesias de barrio los niños recorren con su preciada carga el atrio cantando los villancicos. En las casas se van poniendo los nacimientos, mientras los niños dioses permanecen todavía vestidos y sentados en las sillas que cada familia tiene, aguardando el lugar que les asignarán en el nacimiento.



El nacimiento y arrullo del niño

Así pasan los días hasta llegar a la noche del 24 de diciembre, la Virgen y San José recorren ahora las calles del pueblo con una cohorte de niños barbados, angelitos vestidos de blanco y con alas de papel de china, uno de los cuales carga la estrella de Belén. Llegan a diferentes casas donde los espera la familia y los padrinos del niño que previamente lo han bajado de su sillita y dejado desnudo para que pueda estar en el pesebre. Ya se ha repartido la colación, el rompopo y algunos juguetes que han traído los padrinos para los niños de la casa. Entran entonces los pastores, niños y grandes cantan hasta llegar ya sea al jardín o al cuarto en donde se ha dispuesto todo para que las madrinas puedan “arrullar al niño”. Algunas de ellas lo son de varios niños que después de encender la estrella del nacimiento y cantarles amorosamente los colocan todos en el nacimiento, no importa que sean de diferente tamaño *ni que sólo tengan una mamá y un papá* como dice una vecina del barrio.

Hay velas encendidas en las manos de la gente de la casa, y unidos junto al pesebre mantienen un silencio riguroso, que se interrumpe únicamente

para repetir los estribillos. Es casi tangible la fe compartida, el juego de símbolos que supone esta noche. Una vez que los pastores concluyen su canto celebratorio y los padrinos depositan al recién nacido en el pesebre, cuesta un poco romper el silencio. Se nota, entonces, movimiento en la cocina y las mujeres de la casa llegan con tamales.¹

En las capillas de los barrios los padrinos también llegan a desvestir al niño y arrullarlo, para que de allí se puedan ir desde las 11 de la noche en compañía de algunos vecinos a llevarlo a la parroquia. A eso de las 11.30 de la noche se empiezan a escuchar los altoparlantes que invitan a las familias del barrio a acompañar al Niño. En comparación con el día de la Candelaria, son muy pocas las familias que asisten a la iglesia principal con el niño. Una forma de comparar la cantidad de personas que asisten es la capacidad que tiene la iglesia; en Navidad todas las familias caben adentro, mientras que en la Candelaria la celebración debe hacerse en el patio exterior de la iglesia para alojar a todos los pobladores que traen a bendecir al niño.

La visita de Los Reyes al niño

En el barrio de Los Reyes se pone a hervir una olla de barro con té de muicle desde la tarde del 5 de enero, para hacer el ponche que se repartirá con un poco de alcohol de manera que la gente se pueda calentar y no sienta el frío de la noche. A eso de las 9 o 10 de la noche va bajando por las calles el canto de los pastores que llegan en procesión cargando una alta estrella de carrizo con papel celofán de colores. Los mayordomos prenden los ensartes de cohetes, y echan a sonar las campanas. Entre ellos vienen los pastores niños y los jovencitos que arrullaron al niño el 24 de diciembre, traen calzón y camisa blanca. El canto dura toda la noche.

Adentro de la capilla han colocado las estatuas pequeñas de Melchor, Gaspar y Baltasar en unos nichos blancos a un lado de la Virgen que lleva al Niño Dios en sus brazos. El niño está ataviado con ropitas nuevas que desde hace 26 años trae en promesa una señora del pueblo vecino de Ixcatepec. Afuera se puede ver a tres señores del barrio vestidos con ropas idénticas a las de Los Reyes Magos.

¹ Eugenia Echeverría, "Que viva la fiesta", Dirección General de Culturas Populares, 1994, p. 54.



Los 3 reyes magos (altar en el barrio de los Reyes)
(foto Albert Waharhftig)

Según el mayordomo:

En ninguna parte hay una velada como la de aquí, en ningún lugar del pueblo se hace. Y aquí fue el lugar donde se iniciaron las procesiones de las imágenes, se iniciaron los bailes de las fiestas, se principiaron los pastores de gentes grandes, de los señores vestidos de calzón y huarache aquí se principiaron; aquí también se principiaron los pastores chicos, los niños chiquitos. Aquí todo esto se principió aunque vayan a otro lado [...] aquí fue en Los Reyes no en otro lado. Lo de los pastores lo iniciamos un señor y yo, le dije: *vamos hacer esto*. Y lo hicimos. Santa Cruz en el siguiente año nos quiso copiar y no pudieron. Todos lo barrios nos han copiado pero no nos han podido ganar.

Sigue diciendo el mayordomo:

[los pastores] son cantos para el Niño Dios [...] desde el 24 de diciembre cantan al Niño Dios; y hay tres reyes que cantan también puras canciones de navidad; y el 5 de enero vienen de todos los barrios y colonias, vienen desde las 8 de la noche y hasta las 2 o 3 de la mañana [...] se forman y hay

mucha gente para entrar a la iglesia, luego no pueden entrar; aquí en el jardín de la iglesia hay mucha gente, hay atole, tamales, café, panes, ponches, itacates, de todo hay; entonces si quieren comer pueden pedir, hay muchísimo de comer y toda la noche. Los pastores de este barrio cantan nada más cuando llegan y ya después andan por todos lados, hasta que ya no hay nadie es como a las 4 de la mañana. Aquí hay una mayordomía de eso, empiezan a ensayar desde la primera posada hasta llegar el 24, y cantan al Niño Dios, y ya después el 5 de enero. Esa mayordomía se cambia el 6 de enero, porque recibe el nuevo y entrega al que le toco; o sea, el que está el 24 de diciembre le toca el 5 de enero también.

Es interesante notar que la mayordomía de los pastores tiene ya anotados hasta el año 2018 a aquellos que quieren participar. Esto contrasta con la dificultad de encontrar quien se quiere ofrecer para ser mayordomo general del barrio, pues las responsabilidades son mucho más pesadas. En la mayordomía del Niño las funciones son preparar y dar de comer diariamente a 60 o 70 pastores, aportando ellos el gasto directamente sin solicitar ayuda al barrio. Como dice el mayordomo:

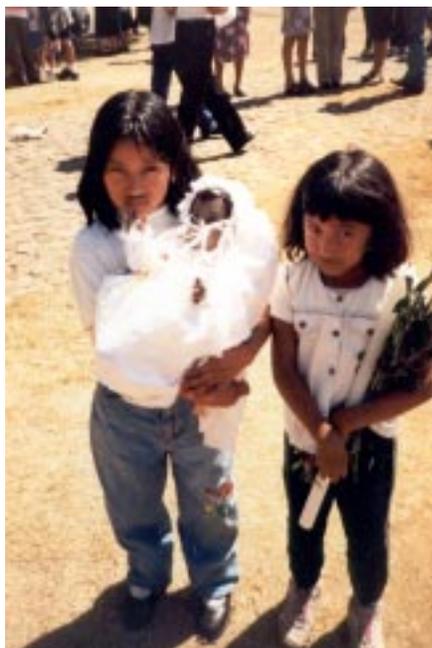
Se van anotando y anotando, y es un gasto pero cualquiera lo quiere, es un gasto que nada más cubre el mayordomo y se va preparando uno o dos años. A uno de mis hijos le toca el 2005 y ya sabe.

Para cumplir con esta promesa es común que se pida ayuda a amigos del barrio, con quienes posteriormente habrá una ayuda recíproca cuando cumpla este cargo.

Otro tipo de participación de los niños en la fiesta es la realización de su primera comunión, para la cual se han preparado durante todo el año anterior, ajustando las fechas de enseñanza de manera que puedan coincidir con las de la fiesta.

El ofrecimiento del niño al templo, la fiesta de la Candelaria (2 de febrero)

Casi tres semanas después de Los Reyes empiezan a desfilan por las calles un gran número de señoras que cargan a niños dioses para llevarlos a comprar sus vestidos. En el mercado hay dos puestos que venden sillitas y todo tipo de atavíos para los niñitos. Se venden vestuarios de niño doctor (de pantalón blanco y maletín), de la Candelaria, de la huerta, de



los milagros, de quirófano (con uniforme azul y estetoscopio). Dice la señora que lo vende, que ese es muy milagroso para cuando hay un enfermo que necesita operación. En 1999 también traían pequeños “vestidos del papa”, para celebrar la visita del Papa a México. La gran demanda de vestidos permite también que exista una actividad comercial muy intensa alrededor de la fiesta. Llegan señoras de Santiago Tianguistengo con su máquina de coser por si alguien quiere un atuendo especial para su niño, una de las señoras reporta que durante los últimos 30 años se ha especializado en vestidos para la Candelaria e incluso cuenta con un libro en el que aparecen fotografías de todas las veneraciones a los niños dioses que se realizan en México.

El día 2 ya existen en el mercado más de 7 puestos que se ponen frente al municipio. Aunque la mayoría va a la iglesia con los niños ya vestidos, muchos se paran en los puestos para comprar una palomita que le pegarán con cera de campeche en la cabeza, o la corona que hace falta, unos ramitos de azucena, la crucecita que va en la mano, la silla especial, los huaraches o zapatitos blancos tejidos. Desfilan por los puestos familias enteras: los niños acompañan a sus padres y muestran

un entusiasmo especial al tener que elegir los atuendos y accesorios con que vestirán a su niño dios. Los que tienen entre 3 y 6 años recorren los puestos mirando y tocando las miniaturas como si fueran juguetes.

En cada casa, los mismos padrinos que arrullaron al niño en la navidad, han regresado para obsequiarle su ropa nueva. Traen a la casa galletas, colación y rompopo, algunos traen cohetes que se prenden al "levantar al niño", por lo que ese día todo el pueblo resuena sin cesar. Ya vestido se le coloca en una canasta o bien en una charola adornada de flores para en ella llevarlo a la iglesia principal.

En la parroquia, la ceremonia está por empezar, desde hace varias horas se escuchan algunos cohetes en el pueblo. Al llegar ya hay una gran cantidad de gente a lo largo del pasillo que da a la iglesia. Todos están acomodados con sus niños, sus ceras y sus flores. Algunas mujeres llevan hasta tres niños en una canasta. La ceremonia empieza en el atrio con la banda de mariachis que acompaña al padre, hay una gran cruz de madera y dos niños a los lados, un niño y una niña que cargan las velas prendidas. El sacerdote va caminando desde la puerta del atrio hasta el altar que se ha instalado fuera de la iglesia, porque adentro es imposible que quepan tantos feligreses.

El corredor esta repleto de familias enteras con niños de todas edades. Algunos de ellos juegan a las espadas con las delgadas cajas en las que venían las velas. El sol arrecia y la gente busca la sombra,



algunos alcanzan a sentarse en las bardas de piedra, otros van a las orillas del patio de la iglesia y se sientan sobre el pasto seco, alejados del lugar principal de la misa, pero envueltos en el sonido que no sólo se escucha en el patio, sino en todo el mercado y las casas vecinas a la iglesia. Gran parte de la concurrencia no presta mucha atención a la misa, las madres pasean a sus hijos que están aprendiendo a caminar, arrullan a los de brazos, algunas amamantan a los que están inquietos. Las niñas más grandes llevan de la mano a sus hermanitos y algunos de ellos vienen llegando de la escuela con sus mochilas. A lo lejos se oyen los llantos de los más chiquitos seguramente hastiados de tanto esperar y de tanto calor.

En la observación del año 2002, el padre en el sermón dice que se celebra “el Señor Niño”, la purificación de María la Virgen, la fiesta de la Candelaria y fiesta de la luz. En esta ocasión se escucha la voz del padre:

Esta ceremonia es para pedir perdón y eso empieza con el caminar del niño. Antiguamente todas las familias ofrecían a cada primogénito a Dios y también ofrecían en sacrificio a dos palomas. Se daba el primer hijo, lo entregaban al templo y eso era muy doloroso. Por eso ahora todavía los niños muestran ternura, fragilidad, necesitan del amor de dios, por eso también nos presentamos a nosotros mismos.

Dice que los niños son la luz y por eso es la candela. Que tiene que ver con la salvación de los primogénitos porque la plaga mataba sólo a los niños del faraón.



Termina la misa, el padre avisa que ahora va a bendecir a todos los niños dioses que traen, que saldrá con la cruz y que el niño dios de la parroquia será el que bendecirá a todos los demás, los instruye para que se acomoden alrededor de toda la calzada en dos vallas para que todos alcancen “agua”. Ahora le toca a la banda acompañar al padre; éste toma una rama de pino y una señora lleva una cubeta azul de plástico de agua bendita. Todos los que faltaban de prender sus velas lo hacen ahora, tomando el fuego de alguna vela cercana. El padre va de un lado hacia otro, en medio de la música, echando agua por todas partes. Una mujer con su hija pequeña cuenta que ella ha cargado muy bien al niño dios de su abuelita y que el niño ya tiene 80 años en la familia. En el último momento se le zafó y se le quebró la manita, por fortuna —dice resignada la abuela— sólo se rompió en dos pedazos y se podrá volver a pegar.

Hay más de 5 mil personas que se van dispersando a medida que les toca la bendición. A la hora de salir la puerta resulta insuficiente y se hace una larga cola para que todos puedan abandonar el recinto exterior de la iglesia. Ya de regreso en la casa, la madrina entrega al Niño Dios a sus dueños anunciándose este acto nuevamente con cohetes. La familia correspondiente invita el mole rojo acompañado de frijoles y arroz, agua fresca, cerveza o la bebida para compartir a los señores.

Algunas reflexiones de este ciclo ritual

La celebración de los niños dioses nos permite entender la relación entre diversas fiestas asociadas, pero que podrían tener significaciones distintas a pesar de referirse aparentemente a un mismo objeto de devoción.

En el mes de diciembre, durante la preparación de las posadas, la principal actividad de los barrios gira alrededor de los niños, en este ciclo de celebraciones que dura 8 días se destaca la capacidad que tiene cada uno de los barrios para organizarse en cuanto a las ofrendas. Son las jovencitas de 12 a 14 años las que organizan la cooperación y los jóvenes los que se hacen cargo de colgar las piñatas. Todas las familias hacen obsequios abundantes que puedan ser del gusto de los pequeños, para cuyo disfrute se organizan las piñatas.

Los rituales de cargar a los peregrinos hacen evidente una regla de participación diferenciada de acuerdo con el género. Esta actividad es exclusivamente para niños, mientras que los cantos a la Virgen (en otras

fiestas) son exclusivamente para las niñas. Un testimonio de una mujer revela la poca flexibilidad de la regla al respecto cuando ella quería participar en las que eran para niños.

¡Cuántas veces me quedé con las ganas de cargar esos canijos peregrinos! Pero son niños solamente y aunque tu fueras niña de la misma edad, no te dejaban [...] van los niños solamente en las posadas, entonces son los niños y hasta el que lleva el incienso y el incensario; las niñas no. Yo he visto a muchas niñas que se quedan así como: ¡Ah, yo quiero! y ahora tampoco las dejan.

Este aspecto de la participación de los niños en las actividades ceremoniales de acuerdo con el género requiere de una mayor investigación para entender cuáles son los elementos simbólicos que las comunidades ponen en juego al establecer las reglas. Habría que indagar más los argumentos que existen detrás de esta división entre “pastorcitos” y “pastorcitas”, así como las funciones simbólicas que se le asignan a cada uno de estos grupos.

Por otro lado, el arrullo del niño en la navidad y el obsequio de su vestido para la Candelaria son actividades que permiten observar la manera en *que los niños dioses, al igual que los niños humanos, son generadores de relaciones sociales*. El constante regalo de nuevos niños dioses por parte de los parientes o amigos, el hecho de que cada familia tenga dos o tres niños en sus nacimientos, revela la capacidad siempre abierta a nuevas relaciones de reciprocidad. Las madrinas o padrinos deben obsequiar a las familias dueñas de los niños antes de ir a la ceremonia, mientras éstas corresponden con una comida a los mismos al terminar la celebración. El ser padrinos de un Niño Dios equivale a un lazo de compadrazgo que implica un compromiso permanente semejante al que se tiene con los ahijados. Dos veces al año, y de por vida, se cumplen estrictamente las obligaciones rituales que permiten afianzar las relaciones entre las familias, alrededor de la imagen del niño dios.

Es interesante comparar la riqueza de la celebración del día de la Candelaria en relación con la fiesta del nacimiento del niño en diciembre. A pesar de que en ambas ocasiones se realizan actividades en los ámbitos domésticos, de barrio y de la iglesia principal, la cantidad de personas que asisten a la iglesia, el movimiento en las calles y barrios, así como el número de puestos que se ponen en el mercado para atender la demanda es infinitamente mayor en el día de la Candelaria.

Los testimonios de algunas personas mayores hacen ver que la exuberancia de la fiesta es reciente. Don Olegario plantea:

Antes la fiesta no era tan grande ni todas las familias tenían niño en su casa porque no había dinero, fue como en los ochentas que se hizo la fiesta vestido el niño de san Judas.

El aspecto de los niños y su vestuario abre toda una veta de investigación. Algunas familias traen a niños negros, otros son de color verde (probablemente emulando el color de la vegetación). Los niños dioses pueden traer vestidos de San Judas, del papa (reflejando así acontecimientos históricos), del niño de Atocha o de prácticamente cualquier santo. Don Olegario trae a un niño que derrama lágrimas de sangre y me cuenta que a él se lo regalaron diciéndole que era muy milagroso y que cada familia trae al Niño del que es devoto. Los atavíos tan diversos pueden estar relacionados con el Niño como un espacio simbólico en el que se pueden alojar muchísimas significaciones que tienen su representación material en los colores de los niños, la ropa y los accesorios con que se le viste. La pregunta que surge es ¿se celebra al mismo niño en diciembre que en febrero? ¿Se trata en realidad del Niño Jesús? En el pueblo jamás se escucha que se le llame de ese modo, ya que siempre se refieren a él como “el Niño Dios”, “El Señor Niño” o tan sólo “el niño”. ¿Será éste un fenómeno equivalente al que sucedió con los procesos sincréticos o de desplazamiento de cultos que se dieron durante la cristianización, en los que las imágenes eran depositarias de devociones distintas a lo que representaban para la iglesia oficial?

La relación entre el culto oficial y el culto popular es siempre compleja. El sacerdote, en el año de 1999 dio un largo discurso en el que conminaba a todos los feligreses a que no vistieran a los niños dioses de distintas formas, diciendo que incluso podían traerlo tal como estaba en el nacimiento, porque era el Niño Jesús, o en todo caso que se apegaran al sencillo vestido blanco. Sus palabras no tuvieron ningún efecto pues los dos años siguientes se notaba igual o mayor diversidad en el vestuario. Por otro lado, en la misa de la Candelaria del 2002 les habló en tono enérgico regañándolos porque no había la misma asistencia en Navidad, argumentando que esa era la fiesta principal porque se conmemora el nacimiento del Niño Jesús. Se observa una gran necesidad y fuerte intención por parte de la Iglesia católica de acotar o encauzar la devoción popular hacia lo que desde el catolicismo oficial “debe hacerse” en los ritos.

Otra hipótesis posible que permita explicar esta diferencia en la devoción al niño durante la navidad y la Candelaria, es la pervivencia de algunos aspectos del ciclo ritual, tal como es costumbre celebrar en la tradición mesoamericana. Algunos autores como Broda (2001), Good (1996) y otros colaboradores (Maldonado, 2001), han enfatizado que los contenidos simbólicos de las fiestas asociados al ciclo agrícola son los que más continuidad han mostrado a lo largo de los siglos. En varias regiones de México la fiesta de la Candelaria está relacionada con los preparativos para el ciclo agrícola de temporal y también incluyen en el ritual la bendición de las semillas. Broda también ha hecho evidente la importancia que tienen los niños y su sacrificio, en el pensamiento mesoamericano para los rituales de petición de lluvia que precisamente iniciaban en esta época del año.

Para argumentar lo anterior recurriré a dos propuestas: la primera se refiere a la categoría de “núcleo duro” en la visión mesoamericana que propone López Austin y la segunda tiene que ver con la diferencia de los ritos públicos y privados.

De acuerdo con López Austin, el núcleo duro se refiere a “un complejo articulado de elementos culturales, sumamente resistentes al cambio, que actúan como estructurantes del acervo tradicional y que permiten que los nuevos elementos se incorporen con un sentido congruente”. Esta categoría de análisis se inserta en los procesos de larga duración; según el autor, es posible encontrar en las comunidades de tradición indígena de nuestros tiempos elementos que se remontan a su pasado mesoamericano e incluso al preclásico temprano. La explicación de lo anterior se debe a que los principales conceptos que forman parte de este complejo sistémico están ligados a las actividades agrícolas que fueron y siguen siendo la base de gran parte de las comunidades indígenas contemporáneas. La capacidad de transformación, mutación y sincretismo es propia de los sistemas religiosos, de los mitos, los ritos y las creencias. Para Báez-Jorge, este es un fenómeno propio de la religiosidad popular en el que “los antiguos núcleos numinosos no desaparecen, sino que subsisten simbólicamente reelaborados como formas de conciencia social al lado de elementos más recientes” (1999-30).

El segundo aspecto se refiere a la división de los cultos en públicos y privados. Como puede observarse en la fiesta de la Candelaria, una gran parte de la celebración está en manos del pueblo y de los mayordomos, mientras que el elemento “oficial católico” representa únicamente la última parte de la misma. En los estudios sobre el desplazamiento de cultos que se dio durante la cristianización, se ha visto que la mayor



parte de los esfuerzos para imponer los valores religiosos cristianos se dieron en el ámbito de las ceremonias públicas u “oficiales” pero aquellos aspectos religiosos asociados a la vida familiar y a las actividades agrícolas sobrevivieron gracias a que no eran rituales oficiados públicamente por los sacerdotes, sino que eran celebrados por los individuos o las familias en las casas, las sementeras o espacios privados que no estaban tan sujetos a la supervisión eclesiástica Carrasco (1991).

De acuerdo con el trabajo etnográfico de observación de fiestas, se puede decir que la celebración de los dioses niños en Tepoztlán es el evento ritual que reúne la mayor cantidad de personas, aún más que las que convoca la fiesta patronal del pueblo dedicada tanto a la Virgen de la Natividad como al Tepozteco. Sin llegar a tener la proporción que se observa en Xochimilco con “El Niño pa”, constituye un espacio de fortalecimiento de los vínculos comunitarios que a su vez tiene la peculiaridad de unir tres ámbitos de veneración: el familiar, el de barrio y el del pueblo.

El contenido simbólico de los niños como objeto de culto en Tepoztlán demuestra una fuerza que convoca la generación constante de relaciones y la inversión de una gran cantidad de riqueza material y trabajo colectivo. Durante todo este ciclo ritual se puede observar que los niños del pueblo están constantemente presentes ya sea como beneficiarios de la fiesta, como organizadores de ciertos aspectos de la celebración, como actores esenciales del ritual o bien tan sólo como asistentes y espectadores de los ritos.

En los reportes de investigación antropológica que se han realizado en Morelos, es difícil encontrar descripciones que tomen en cuenta a la niñez, aun en las investigaciones que profundizan sobre las relaciones familiares; por ello, he destacado en los diferentes estudios que he realizado los últimos años, la necesidad de impulsar trabajos etnográficos sobre la infancia que permitan entender a los niños como sujetos culturales plenos, el rol que juegan en la vida ritual, así como enfatizar la importancia de considerar a la niñez como un ámbito privilegiado de análisis de la reproducción de la cultura.

Bibliografía

- Broda, J. y F. Báez-Jorge (2001), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, Serie Biblioteca Mexicana, FCE/Conaculta, México.
- Bartolomé y Barabás (1999), "Los protagonistas de las alternativas autonómicas", s/f, texto de discusión en el taller ENAH.
- Carrasco (1991), "Transformación de la cultura indígena", en *Los pueblos indios y las comunidades*, Lecturas de Historia Mexicana 2, El Colegio de México, México.
- Echeverría, Eugenia (1994), "Que viva la fiesta", Dirección General de Culturas Populares, México.
- Good, Catherine (1996), "Las fiestas religiosas en la construcción de la cultura: procesos de identidad entre los nahuas del Alto Balsas, Guerrero", ponencia presentada en el Coloquio Identidad y Región, Tepoztlán, Morelos, Octubre.
- (1997), "Las fiestas religiosas en la construcción de la cultura", *Antología Identidad y Región*, INAH/Morayta, en prensa, México.
- (1994), "Trabajo, intercambio y la construcción de la historia: Una exploración etnográfica de la lógica cultural nahua", *Cuicuilco*, Nueva Epoca, vol. 1 (2): 139-153, México.
- Lewis, O. (1951), *Life in a Mexican village: Tepoztlán restudied*, Urbana, University of Illinois.
- Maldonado, Druzo (2001), "Cerros y volcanes que se invocan en el 'culto a los aires'", Coatetelco, Morelos, en Broda, Iwaniszewski y Montero (coord.), *La montaña en el paisaje ritual*, Conaculta/INAH, México.
- Rappaport, R. (1999), *Ritual and religion in the making of humanity*, Cambridge University Press.